

# VICTORIA

---

RAFAEL MARÍN

LA ODISEA DE MAGALLANES Y ELCANO

**-VICTORIA- La odisea de Magallanes y Elcano**  
© 2019 Plan B Publicaciones sobre la presente edición  
© de la obra Rafael Marín

Primera edición: Mayo 2019

**ISBN:** 978-84-17389-93-2

**Depósito Legal:** DL PM 767-2019

C/Oms 53, 3º

07003 Palma

info@dolmeneditorial.com

**Autor:** Rafael Marín

**Corrección:** Cristina Bracho

**Maquetación interior:** J. F. Martín

**Diseño de portada:** Carlos Casamayor

**Ilustración de portada:** Guillermo Muñoz Vera

**Dirección:** Darío Arca



V CENTENARIO  
1ª VUELTA AL  
MUNDO

Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida ni distribuida por sistema electrónico o mecánico alguno sin previa autorización escrita de su propietario o del editor, salvo para uso informativo. Todos los personajes y sucesos en esta publicación, más allá de los que son claramente de dominio público, son ficticios y cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Precio en Canarias, Ceuta y Melilla incluye gastos de transporte.

WWW.DOLMENEDITORIAL.COM

# VICTORIA



RAFAEL MARÍN

LA ODISEA DE MAGALLANES Y ELCANO

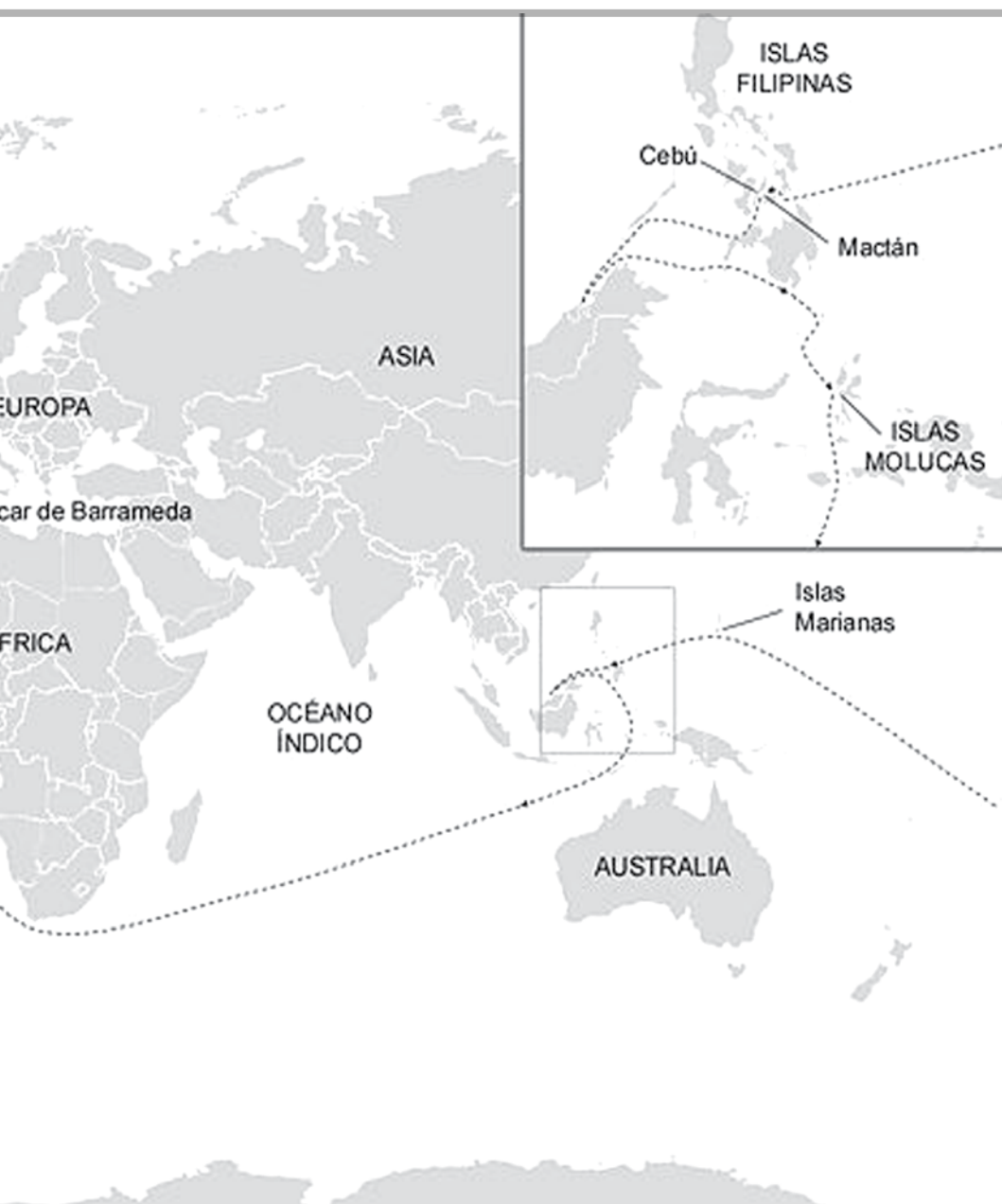


*«Yo os digo que nada peor que la mar se conoce, donde un hombre, por fuerte que sea, a la larga se agosta».*

*—Homero, La Odisea.*

Mapa de la primera circunnavegación del mundo  
realizada por la flota de las Malucas, Magallanes-Elcano









Un barco agoniza como agoniza un hombre: resoplando, resistiendo, intentando arrancar al viento otro segundo, poco importa que esa misma supervivencia implique un instante replicado de dolor y de agonía. Cruje como la respiración de un moribundo, silba y desentona, al encuentro del olvido final. Hay esperanza mientras los pulmones funcionen, mientras las velas se hinchen y se arranque un nudo más a la resistencia de las olas.

Como los hombres, también los barcos se creen inmortales. Más que ningún otro barco, esta nao llamada *Victoria*, que se había enfrentado durante más de catorce mil cuatrocientas leguas a la furia de los océanos y las locuras de sus capitanes, a los hielos y las tormentas, a la amistad de salvajes y a sus repentinos odios, a la riqueza y al hambre, al hedor a podredumbre que indicaba que algo más que las ratas y el salitre la roían por dentro.

Y aquí estaba, sin fuerzas, el paño desgarrado, los cordajes sueltos, la caña del timón debilitada como los sueños de un viejo, cargada su bodega de tesoros, pero no de vida. Una semana más, y la *Victoria* dormiría quizás en el fondo de las aguas, como habían muerto ya sus otras naos hermanas, las otras tripulaciones que la acompañaron contra la mar y el viento.

La quilla negra, en este amanecer de septiembre, la hacía parecer un navío fantasma. Era, en efecto, un barco de muertos. No de aquellos que había dejado atrás, regados por océanos ignotos y en islas que eran a un tiempo paraíso e infierno, sino

de los cadáveres en vida que transportaba, supervivientes tan tenaces como la misma nao, espectros que se aferraban a la vida, aunque la vida se les derramara a chorros tan persistentes como las vías de agua que ni las bombas podían achicar, una vida de la que ya se les habían caído las uñas y los dientes.

La desembocadura del gran río de los moros se abrió ante la nao. Los pescadores que habían salido temprano a la faena la vieron surgir de la niebla y se santiguaron. Ninguno la reconoció, pues nadie la esperaba ya. Tres años son demasiado tiempo, y el mar es siempre ladino y traicionero. Pero la nao continuó su lento ascenso contra la corriente: esa experiencia había ganado como ninguna otra embarcación en los siglos previos de la historia.

Una campana sonó a lo lejos, un sonido olvidado y, por tanto, ajeno. Se hicieron señas desde las almenas del castillo de los duques de Medina Sidonia.

Como una ballena que busca la muerte en la orilla, guiada por dos chalupas, la *Victoria* atracó, con tanto cuidado y tanta lentitud que parecía que iba a desencuadernarse allí mismo, en el muelle de Bonanza de donde había zarpado, igual que aquel perro de Ulises que rindió el alma cuando supo del regreso de su amo.

En el embarcadero, mientras tanto, se habían reunido los curiosos. A caballo llegaron las autoridades. Las campanas de Nuestra Señora de Barrameda, quizá porque habían reconocido ya que era la nao recién llegada, iniciaron un repique ensordecedor que espantó a las garzas de las frondas del otro lado del río.

Tendieron la tabla. Uno a uno, entonces, resucitamos los muertos.

Éramos esqueletos carcomidos, sin carne sobre los huesos ni pelo sobre las cabezas. Oscuros de piel, como las tallas de madera de la misma iglesia que nos daba la bienvenida y a la que, arrastrando los pies, acudimos.

Uno de los gentilhombres de la orilla, un muchacho de posibles, altanero porque la juventud ignora siempre qué vicisitudes pondrá la vida en su camino, tuvo la osadía de contarnos. Uno, dos, tres hombres. Trastabilló un cuarto. Hizo intención de levantarlo del suelo un quinto, pero no pudo

hasta que lo ayudó un sexto. Siete, ocho, nueve, diez. Seguimos desembarcando. Todos menos uno de nosotros, el capitán, que permaneció a bordo.

Éramos dieciocho hombres en total, aunque llamarnos así, viéndonos de esta forma, era llamarnos mucho. Dieciocho sombras que habíamos olvidado andar sin el bamboleo terrible de la cubierta y la línea siempre temblorosa del horizonte. La multitud, sobrecogida, nos abrió paso, como si fuéramos apestados. Fue entonces cuando me detuve.

—Me llamo Francesco Antonio de Pigafetta —dije con voz rota y ronca de la que se había borrado ya mi acento vicentino—. Somos... somos la nao *Victoria*, al mando de don Juan Sebastián Elcano. Lo que queda de la escuadra de los hombres del mar de don Fernando de Magallanes, que partió hace tres años en busca de las islas de la Especiería por orden de nuestro señor el rey don Carlos. Hemos... hemos dado la vuelta a toda la redondez del mundo.



## EL CAPITÁN Y EL ESCLAVO

Era un hombre recio y renco, y una sombra de rostro femenino y piel de color de olivo lo seguía, como un perro, a cada paso. Carecían de amigos, ambos: uno, por extranjero; el otro, por esclavo, circunstancia harto difícil cuando de amistades y contactos labran las gentes de aventura sus empresas, y en ciudades como Sevilla, donde el ir y venir de razas y colores convertía a todos los hombres en hermanos de un negocio común que oteaba el futuro como el gavilán busca a su presa.

Yo también era extranjero en Sevilla, pero mi esclavitud, entonces como ahora, se debe solo a mis pasiones y mis pecados. Hay aventuras que son un secreto a voces, por más que se intente cubrir las huellas de lo que con ellas se pretende, y tras tener noticia en Barcelona de lo que en el sur de Castilla se estaba preparando, y conseguidos los permisos y las recomendaciones pertinentes, embarqué hasta Málaga y luego a caballo llegué a esa otra ciudad que el río divide en dos mitades, quizás porque es tan grande que no hay tierra sola que pueda contenerla.

Controlé entonces mi impaciencia, pues no podía darme a conocer cubierto de polvo y desgredado. Me hospedé en la mansión de un ricohombre que anticipaba beneficios y participaba desde la Casa de la Contratación en los preparativos del gran viaje, como en susurros se llamaba a aquel ensueño, y la influencia de su oro y la importancia de su persona me permitieron por fin presentarme ante aquel marino ceñudo, marcado de cicatrices hacia fuera y lleno de fuego caliente de por dentro.

Cojo y todo, andaba rápido, como fugado de sí mismo. De una nao a otra nao, de una calleja oscura a otra iluminada, sin detenerse con nadie ni mirar atrás, esquivando niños y perros, como si no quisiera ser reconocido, aunque afamado era. La

## -VICTORIA- La odisea de Magallanes y Elcano

sombra de su esclavo era lo único que le seguía el ritmo de los pasos, pero si bien el caballero llevaba espada y el sirviente puñal, un atentado contra su vida (y se rumoreaba que ya se había producido alguno) vendría de forma más sutil, pues si era un renegado de su patria no merecía la pena sacrificar la vida por él a ningún espía. Los propios españoles, en cualquier caso, tampoco lo miraban con buenos ojos, y a punto habían estado de colgarlo de una gavia unos meses antes, cuando quizá por confusión o quizá por intereses se equivocó la bandera familiar que el caballero izó en su nao con la del reino de Portugal, contrincante y vecino. Y es que, pese a su inflexible actividad, y sus indiscutibles conocimientos marineros, no estaba exento de cometer los mismos errores que cualquiera. La vanidad afecta por igual a las mujeres hermosas, los príncipes y los héroes.

Me personé, pues, en su retrete, un camarote en tierra escondido en un rincón poco importante de la Casa de Contratación, donde a salvo de la mirada de curiosos se había forjado el proyecto y aún se limaban detalles y se intentaban cuadrar cuentas. La mesa de roble estaba cubierta de mapas, cartas de marear, instrumentos de medición, cuadernos de bitácora, lupas, velas, tinteros y plumas, balanzas y pesos y pergaminos y libros, y hasta una santa Biblia y un crucifijo, escrupulosamente a salvo del caos que se adueñaba como una ola de la superficie del escritorio. El capitán general repasaba por enésima vez su correspondencia, mientras el esclavo negro, detrás de él, junto a la ventana, parecía ajeno al mundo, como la estatua forzosa que en el fondo era.

—¿Don Fernando de Magallanes? —dije, con una leve reverencia que no estaba fuera de lugar, pues el rey de España había nombrado al marino caballero de la Orden de Santiago en compensación por los incidentes de la revuelta sevillana y las banderas—. Permitted, señor, que me presente: Antonio de Pigafetta, de Vicenza. Vengo a unirme a vuestra escuadra, con la recomendación del nuncio de su santidad el Papa, don Francesco Chiericati, a quien sirvo, y la aprobación expresa del rey de Castilla, don Carlos de Habsburgo, a quien Dios guarde muchos años y conceda grande gloria.

El marino soltó los papeles donde estaba intentando redactar, lo supe luego, las provisiones de su testamento. Aceptó los documentos que tendí, impresionado no sé si por mi descaro o por los lacres y sellos que identificaban los signos de la Iglesia y del rey de las Españas.

— ¿Tenéis conocimiento de la mar, caballero?

— Todo lo que puede conocerse cuando se viaja por el Mediterráneo sin perder de vista la costa. Pero entiendo de astronomía y del trazado de mapas —exageré un tanto—, sé de cálculo y no se me dan mal las lenguas —esto era cierto—, y estoy seguro de que a poco que se me instruya aprenderé a manejar un astrolabio y a buscar el norte con una brújula.

— Sois un hombre instruido —respondió Magallanes con una chispa de humor seco en la mirada que contradecía su voz fina, cargada aún de acento, algo aflautada para un hombre de su edad y de su temple. Soltó mis papeles y se incorporó con esfuerzo, venciendo la tozudez de su rodilla inútil—. Lástima que seáis extranjero, muchacho.

Me pareció el reproche un tanto fuera de sitio, ya que ambos hablábamos la lengua de Castilla con sonido prestado de otras tierras: portugués él, yo italiano.

— ¿Juega ese detalle en mi contra?

— Al menos no sois portugués. Tengo ya demasiados a bordo y no son del agrado de su majestad ni de quienes financian esta expedición. Creen... creen que aún sigo a sueldo de mi antigua patria. —Sus ojos se ensombrecieron ante el recuerdo. Se recuperó al instante—. Tengo que rechazar los que sobrepasen el número cambiante que van considerando justo. Pero yo busco marinos. No pregunto dónde nacieron. Es voluntad de Dios que sean portugueses las mejores gentes del mar. No puedo despedirlos a todos. Y mucho menos reducir su número solo a seis. Así que, Dios me perdone, muchos han recurrido a cambiar de nombre y hacerse pasar por castellanos.

— Si mi patria italiana fuera a ser también un problema, don Fernando, cambiemos mi nombre en los roles, como hacen ellos. Pongamos que mi nombre es Antonio Lombardo, que a fin de cuentas son las primeras dos lenguas, las de Lombardía, las que

## -VICTORIA- La odisea de Magallanes y Elcano

aprendí a hablar. Con gusto pagaré, si es menester, mi pasaje.

— Con gusto os sería aceptado, caballero, pero no tengo sitio a bordo para quien no se maneja en un barco — refunfuñó, incómodo por una cojera que no le suavizaba estar de pie ni sentarse.

— Algo he navegado, don Fernando, y tengo la ventaja de saber nadar.

Me miró con ojos de fuego, calibrando si en mis palabras pesaba más la ingenuidad o la inocencia. Sé que en ese justo momento pasó por su cabeza la idea de que yo pudiera no ser otra cosa sino un nuevo espía.

— ¿Qué conocéis de la travesía?

— Que será larga, a juzgar por las provisiones que empiezan a cargar las naos — contesté, eludiendo expresar de mi voz lo que era un secreto a voces: Magallanes intentaba hallar un paso por el oeste hacia las islas de la Especiería, pero quienes se enrolaban en la escuadra aún no habían recibido información completa, y pensaban que se trataba de un viaje de exploración más hacia las Indias—. Y apasionante.

— Dos años es la previsión que hacemos — dijo, como si ese tiempo ya bastara para disuadir a cualquiera del proyecto. La experiencia le había enseñado que, en eso, como en tantas otras cosas, no se equivocaba.

— Aún soy joven, caballero — respondí, haciendo un gesto de indiferencia: no cuentan los años futuros cuando la juventud se cree eterna—. Podré superarlo.

— ¿No dejáis a nadie en tierra?

— Alguna enamorada, alguna deuda, enredos de familia. Me interesa más el horizonte. Quien me quiera esperar, saldrá ganando.

— Y queréis enrolaros porque...

— Porque todo Odiseo necesita un Homero.

— No sois ciego — dijo alzando una ceja, no sé si complacido por lo que mis palabras insinuaban o por el candor con que las había pronunciado.

— Pero quiero ser testigo de las maravillas que nos esperan.



Hombres con un solo pie, o con los ojos a la espalda, serpientes y unicornios marinos, sirenas e hipocampos...

El esclavo, al oírme, no pudo contener una sonrisa. Supe que me entendía y que, aunque tenía más o menos mi edad, había navegado por mares que yo no imaginaba y que lo que había visto y vivido en ellos se convertía en burla al comparar su experiencia con mis esperanzas.

—Y frío, y cansancio, y enfermedades, y muchos sinsabores —murmuró Magallanes, como el maestro que reprende los errores en las cuentas de un alumno distraído—. Si no sois marino, poco podréis hacer a bordo —dijo, como dando por cerrada la discusión. Su mirada, entonces, se posó en los papeles que yo traía, en los sellos y lacres de las autoridades que me encomendaban. Miró sus cuentas, la bolsa llena de monedas que colgaba de mi cinturón. Se encogió de hombros y volvió a sentarse—. De acuerdo, sea. Podréis venir, pues vuestros valedores son incuestionables y venís por voluntad, dispuesto a pagar por vuestra plaza. Ya que no sois piloto, ni maestre, y se os ve un tanto crecido para paje o grumete, vuestra función a bordo será, si queréis registrar como yo registraré los eventos de nuestro viaje, la de sobresaliente.

Asentí. Sabía que un sobresaliente era un pasajero distinguido sin más ocupación que colaborar en las tareas cuando fuera estrictamente necesario. En dos años previstos de viaje, tanto Magallanes, como el esclavo, como yo, como la tripulación toda, sabíamos que mis manos serían necesarias en muchas ocasiones. Ninguno de los tres imaginaba cuántas. El mar y el tiempo son incendio que calcina por igual la ilusión de los hombres y su soberbia.



## 2

### POR LA ESPECIA

El oro es mal de todos los tiempos. Es tentación y promesa de paraísos en esta tierra, es oprobio de muchos y vanagloria de los menos, valor de vidas y compra de epitafios con los que el orgullo humano se cree capaz de burlar a la muerte. Brilla tanto como quema, ensucia aún más de lo que lava. Y tiene muchos colores, no solo el amarillo del sol con que deslumbra. El oro levanta imperios y derriba catedrales, lanza ejércitos por las praderas y hunde armadas en los océanos. Es mineral, casi siempre. Pero tiene parientes que son tan de oro como el oro mismo. Hermanos de origen vegetal, que valen tanto o más que lo que pesa su resplandor de piedra.

El oro de nuestros días se llama especias, y quien controla su tráfico y su comercio tiene en su mano los sueños de los emperadores y las pesadillas de los siervos. Una brizna de clavo, una flor de canela, un pellizco de polvo de azafrán son otras encarnaciones del oro, que es el demonio Baal de nuestros pecados, la peor de nuestras lujurias. Las desea por igual el médico que el encargado de los reales fogones, el que destila perfumes y quien necesita conservar con sus esencias carnes y alimentos. Son medida de riqueza porque indican estilos de vida. Como el oro, sí. Porque oro son. Y por el oro y las especias, que monta tanto, las naciones se declaran la guerra y los comerciantes se saben más eternos e indispensables que las coronas que se ufanan de nobleza de sangres.

Confieso que yo también soy esclavo del sueño del oro, también yo me uní a la escuadra atraído por el canto de sirena de alcanzar las islas de la Especiería. Como el capitán general Magallanes; como el negro Enrique, que me miraba con sabia burla; como los ricohombres de la Casa de las Especias y el rey don Carlos, que nos vigilaba desde lejos y cambiaba de pareceres

## -VICTORIA- La odisea de Magallanes y Elcano

y enviaba cartas con ordenanzas que no satisfacían a ninguno de los implicados en la organización del gran viaje y el equilibrio de poderes dentro de la flota, yo también quería hacerme rico y ennoblecer mi apellido y comprar una parcela de eternidad. Pero, siendo hijo de este tiempo, esclavo de sus miserias aunque dueño de un espíritu curioso e inquieto, hacía ya tiempo que no me bastaba lo que aprendía y leía en los libros, sino que quería verlo todo de primera mano, pisar allá donde nadie hubiera pisado antes, anotar las maravillas que ni siquiera los niños con su mirada clara podían haber imaginado en las noches sin sueño. Erudito, vale. Estudioso más bien, de acuerdo. Pero los libros no contienen más que lo que encierran, y hay saberes que alguien tiene que escribir para que otros los lean cuando llegue su momento. Lo que Aristóteles pensó, desde el futuro lo leímos. Los remedios de Avicena aún sorprenden a los galenos de Oriente y Occidente. Las cuentas de Averroes todavía encierran misterios de números y estrellas. El saber de los enigmas del mundo no acabó con ellos. Pecado sería, nuevamente, por mi parte, pensar que yo pudiera hacer un descubrimiento matemático, hallar un remedio en la medicina, calcular mi fortuna en los astros y predecir mañanas como ellos hicieron. Pero una ojeada al presente, con los ojos de la inocencia, puede quizá abrir la mirada a curiosidades venideras. Yo quería, sí, anotar en mis cuadernos los hechos del gran viaje que proyectaba don Fernando de Magallanes, pero mi pasión secreta era entender lo que nadie había entendido antes, observar aquello que Dios y la naturaleza pusieran en mi camino para que lo observase y lo aprendiera, prender la llama de la curiosidad, que es la luz que encenderá algún día quizá no muy lejano el camino del Altísimo, que es la ciencia del conocimiento que perdimos cuando el Edén nos cerró las puertas.

No todo el mundo, claro, piensa y siente de igual forma. No todo el mundo nota el mordisco del ansia de saberes, la picazón del hambre de la aventura. Ni siquiera los hombres de la mar, que han hecho de vivir sin suelo firme la razón de su existencia y anhelan la tierra cuando están allende el horizonte y suspiran por las aguas cuando se sienten varados en tierra. Pese a su reticencia inicial por admitirme, tenía don Fernando de

Magallanes problemas para llenar de manos expertas los cinco barcos que compondrían su armada, ya retrasada respecto a la impaciencia de su desvelo. La misión, se ha dicho, era un secreto a voces que traía a mal traer a los gobernantes del reino de Portugal y no parecía hacer mella en el hambre de los españoles, de suerte que el capitán general había cubierto sus tripulaciones con marinos venidos de todas partes, esos que por costumbre no pertenecen a parte alguna: italianos y franceses, flamencos y alemanes, irlandeses y vizcaínos, gentes llegadas de tierra de moros, un solo artillero inglés y, sobre todo, pues eran los mejores marinos de nuestro tiempo, portugueses como él mismo que ya se habían aventurado espunteando las costas de África para después surcar el océano Índico y llegar a las Malucas, las islas al otro lado de oriente donde florecía ese capricho necesario; las especias.

Magallanes se había contagiado, o quizá las había alumbrado él mismo, de las ideas de un astrónomo y matemático de cierta fama, portugués como él fue, Ruy Faleiro. Juntos, habían acudido al rey de Portugal para que financiara el proyecto de encontrar un paso más corto a las islas de la Especiería, convencidos ambos de que el genovés Cristóbal Colón, aunque equivocado, tenía razón en su deseo de alcanzar Cipango navegando hacia poniente. Pero, al igual que a Colón, a ninguno le hicieron caso. Se comentaba que el rey de Portugal se negó a que Magallanes le besara la mano y que le permitió ofrecer sus servicios a otros reyes tras un desplante que a cualquier otro le habría costado una puñalada en la garganta. Ese servicio lo había conseguido el joven Carlos de Habsburgo, el rey español que ni siquiera hablaba el idioma de las Españas. Y, como el niño que no quiere un juguete, pero tampoco lo presta, don Manuel de Portugal ahora lamentaba no la inquina que mantenía desde hacía años hacia el altivo Magallanes, sino aquel permiso entre dientes que podía poner en peligro su dominio de las rutas marinas y la línea que el Papa había trazado para que España y Portugal se repartieran los dominios de los océanos y de las tierras que asoman a sus aguas.

## -VICTORIA- La odisea de Magallanes y Elcano

El desacuerdo entre hermanos es peor que el odio entre enemigos. Lo que uno posee, lo anhela el otro; lo que el segundo descarta, lo desea el primero. Tal era el caso de un apátrida como Magallanes. Pero, si su servicio y juramento al rey de España no había gustado a la raposa de don Manuel el Afortunado, tampoco era visto el capitán general con buenos ojos entre la nobleza y el clero de España, que desconfiaban de él, tildándolo de ambicioso y advenedizo. Sospechando, sin decirlo nunca con palabras claras, que era un infiltrado de Portugal y que los descubrimientos y riquezas que con la flota de las Malucas pudiera conseguir serían para la corona lusa y no para Castilla.

En ese equilibrio andaba Magallanes, impulsado por su ambición, sabiéndose en posesión de la verdad y sus secretos. No ayudaba que fuera parco en palabras, recto de obras, intransigente en el trato. No ayudaba que no tuviera amigos ni los deseara, que no midiera sus palabras, que fuera brusco y, en ocasiones, quizá por la barrera tenue que el idioma le imponía, un hombre autoritario y hasta maleducado. No le ayudaba que, además, basara sus cálculos y conjeturas en los estudios de un loco.

Solo un par de veces vi, y jamás hablé con él, a Ruy Faleiro, que se comportaba ya, Dios me perdone, como el Moisés del proyecto, pues ni llegó a ver las tierras de promisión ni tampoco separó las aguas. Caminaba a paso aún más rápido que Magallanes, siempre cargado de mapas, papeles, astrolabios y cualquiera de los artilugios de medición que inventaba. Pisar un charco, ser objeto de los ladridos de los perros, ver cómo los niños de la calle le enseñaban el culo y se burlaban de su traza lo llevaban a un paroxismo de movimientos descoordinados de brazos y piernas, preso de un arrebató de ira que superaba con mucho a los que eran típicos en el capitán general. Porque allá donde Magallanes se satisfacía con una mirada que derretía el hielo y fundía las piedras, Ruy Faleiro estallaba como un orate en medio de una prédica, justo cuando adviertía que el público congregado para asustarse del infierno que anunciaban sus palabras estaba, a cambio, riéndose de sus mojigangas y las manchas de meados que orillan el reborde de su sotana. Como en

Venecia y Roma yo había visto a más de un loco semejante, debí de ser de los primeros que dudaron de la idoneidad de un hombre así para cruzar los mares y descubrir nuevas tierras, porque quien estudia la teoría a veces no está dotado para los sinsabores de la práctica, igual que hay quienes escriben tratados enteros de esgrima y no son conscientes de que les llegará el final cuando les atravesase el cuerpo el calor de una bala.

Si a Magallanes lo movía la ambición, a Faleiro lo dominaban las emociones. Ambos se sabían en posesión de la verdad, de un derrotero y unos cálculos, y celosos de los demás, y quizás celosos el uno del otro, la expedición podía correr el riesgo de no encontrar una cabeza visible que la guiara. La experiencia de la mar de Magallanes bien podría enfrentarse a las teorías matemáticas y los temerosos horóscopos de su compañero, y hay decisiones que debe tomar un solo hombre (de eso, en la expedición, sabríamos mucho luego), porque las naos tenían que enfrentarse a lo desconocido como un solo soldado al son que marcan los tambores de su ejército. Pude echarle un vistazo, ya en el viaje, a los cálculos de Faleiro, y, en efecto, había una gran mente matemática allí detrás, pero una mente que no tomaba jamás asiento, que borraba y empezaba y anulaba y suprimía, que jamás daba nada por cerrado ni por bueno. Magallanes era decisión en estado puro. Faleiro era indeciso en su búsqueda de las certezas absolutas de la ciencia.

Si no se habían enfrentado ya, lo harían en algún momento indeterminado de lo por llegar. La experiencia a veces es más sólida que la teoría. En una cátedra puedes fiarte de los cálculos del decano al uso. En un barco saben más el capitán y el maestro que media docena de catedráticos reunidos. Esto, que yo notaba desde lejos, mientras me iba haciendo al trato con Magallanes y algunos de los pilotos y marinos de la flota (el tiempo que me dejaban mis visitas a las haciendas de ricohombres, las bibliotecas de Sevilla y el cortejo a muchachas de ojos de noche y tez de luna; perdóneme Dios, pero no debió consentir que el pecado tuviera tanto atractivo y supiera tan dulce), debieron notarlo también en la misma Casa de la Contratación, que controlaba las partidas y se encargaba de pagar el escrupuloso carenado y calafateado con

## -VICTORIA- La odisea de Magallanes y Elcano

el que Magallanes sometía a sus cinco naos. Fuera por sugerencia del propio capitán general tras alguno de sus muchos desacuerdos con el astrónomo, o del poder indiscutido del obispo de Burgos, don Juan Rodríguez de Fonseca, la orden del rey don Carlos fue tajante: Ruy Faleiro, aquel mago Merlín sin capirote en la cabeza, pero con los ojos llenos de estrellas, quedaría en tierra para encargarse de una segunda flota que partiría a nuestro regreso.

En su lugar, se nombraba a un veedor de la misión, y capitán de una de las naos, la *San Antonio*: don Juan de Cartagena. Las malas lenguas decían que era hijo bastardo del obispo Fonseca en vez de su primo, como alardeaba, y además su espía dentro de la escuadra. Su cargo, al menos, parecía nombrado en menoscabo de la autoridad de Magallanes. Hubo quien pensó, entre los marinos portugueses que se camuflaban en la armada, que no se había mejorado la sustitución de Ruy Faleiro con la de este noble tan altivo y celoso como el propio Magallanes.

La suerte, de cualquier manera, estaba echada. Después de tantos meses de preparativos, tras una misa seca donde todos juramos fidelidad a la corona de España y a la fe cristiana, una por una, las naos fueron zarpando día tras día del puerto de las Muelas, río abajo, a remolque de esquifes por los bajíos y tirados por mulos cuando los recovecos del Guadalquivir y la falta de vientos les frenaban el paso, para reunirse todas en la Bonanza de Sanlúcar de Barrameda. Más allá nos esperaba la mar y el gran viaje. Muerte y eternidad. Fortuna y gloria.



## TESTAMENTO

La mar enseña a sus hijos paciencia. Tras zarpar de Sevilla, aún estuvimos cuarenta días en Bonanza, mientras Magallanes terminaba de cuadrar sus provisiones y se esperaba la llegada, por tierra, del nuevo veedor, el hombre con quien, a la fuerza, tendría que compartir el mando de la flota. El capitán general había aceptado este nuevo revés a su autoridad, una muestra de desconfianza más en sus capacidades, hundiéndose hasta las trancas en los últimos preparativos del proyecto: la llegada de los cañones y su reparto entre los cinco navíos, el acopio de agua y vino para el viaje, la arribada de vacas, cerdos, gallinas y capones que convirtieron de pronto la nao *Concepción* en un arca de Noé donde incluso había un manto verde de tierra y árboles cuyos frutos nos permitirían esquivar esas enfermedades que solo la mar entiende y la alimentación perdona.

Más de un mes, esperando el momento en que Magallanes decidiera que había que zarpar. Un indicativo de lo que todos conoceríamos luego: era a su orden y solo a su orden que la escuadra se movería, cuando considerara que los vientos y las pleamares nos facilitarían el derrotero, nunca antes. Cuarenta días, no obstante, con casi doscientos cincuenta hombres de toda clase y raza esperando la aventura solo podían causar problemas entre la población, de suerte que más de uno y más de cinco, en castigo por tropelías, borracheras, hurtos, riñas de taberna y requiebros de mala condición a las mujeres del puerto, tuvieron que quedarse en tierra. Otros, no muchos, llenaron a última hora el rol de la escuadra. Ninguno sabía entonces cuál de todos tuvo más suerte.

Magallanes pasaba los días haciendo y rehaciendo cálculos y cuentas, escribiendo largas cartas a su esposa embarazada y su hijo, a quienes había dejado en Sevilla junto a su suegro, don

## -VICTORIA- La odisea de Magallanes y Elcano

Diego Barbosa, y acudiendo dos veces diarias a misa en la iglesia de Nuestra Señora de Barrameda. Yo, por mi parte, entablé cierta amistad con la nobleza de los Medina Sidonia, en cuyo castillo pude pernoctar, a salvo de las chinches de las posadas del puerto, y en donde discutí de ciencia y filosofía y pude cruzar, gracias a mis anfitriones, toda la anchura del río para visitar la inmensa marisma de la otra orilla, una fronda que al propio Dante asombraría y que, en aquel momento de descubrimiento y revelación, bajo el aleteo de las cigüeñas y las flechas de los patos surcando el cielo, no creí que tuviera parangón en ninguna de las otras riberas del mundo.

Salía yo de misa una mañana cuando me abordó el esclavo que Magallanes había traído de su experiencia anterior en las islas de la Especiería, aquel joven de aspecto delicado y color de madera a quienes habían bautizado con el nombre cristiano de Enrique.

—Poeta —me dijo, con un acento que era mezcla de su lengua desconocida y el canturreo portugués, de modo que escuché que se dirigía a mí como «pueta»—. Don Fernando, mi amo, quiere verte. Se pregunta si tienes buena letra.

No soy poeta, sino hombre de ciencias y afán de saberes, pero no era el momento de discutir mi realidad con un semisalvaje, aunque fuera hermoso como una muchacha, así que acompañé al esclavo a la casa donde el capitán general vivía entre un desorden de barricadas, relojes de arena, puñales de mal temple y cordajes que examinaba antes de dar el visto bueno para su compra, tal era su necesidad de perfección para el viaje.

—Señor Lombardo —me saludó Magallanes, con su brusquedad característica, utilizando el nombre supuesto que habíamos decidido utilizar para enrolarme—, puesto que vais a ser testigo y cronista de nuestro periplo, quiero que seáis también ahora la mano que rubrique de mi voz las disposiciones de mi testamento.

Solo pude asentir, mientras me quitaba la capa, y sentarme ante el escritorio donde ya habían dejado papel, pluma y tintero a mi alcance. Cierto es que mi caligrafía rivaliza con la de cualquier amanuense, pero noté que mi mano temblaba cuando

el gran hombre iniciaba el dictado de sus notas. Su voluntad de hierro para preparar el viaje encontraba su colofón en estas voluntades finales. La voz de Magallanes, sin embargo, no temblaba. Exponía provisiones para el futuro de los suyos con la certeza con que cualquier pecador sabe que un día llegará su hora. Estaba convencido, y se ufanaba de ello, de que navegando hacia el oeste encontraría un paso en la masa de piedra de las Indias que nos permitiría llegar más fácilmente al mar del otro lado y los tesoros de las especias y todas las riquezas y nombramientos que para él y la marinería reportarían las islas y tierras descubiertas, pero al mismo tiempo, porque era experto en peligros, comprendía que un viaje semejante estaba sometido a los caprichos del destino. Muchos no volverían del otro lado de la mar Océano. Quizás tampoco él. Quizás, lo advertí mientras escribía, no regresara yo tampoco.

Y así dispuso su testamento y lo recogí, atreviéndome de tanto en tanto en sugerir una puntualización que aclarase los detalles, pues si bien don Fernando no era poeta tampoco, sí agradeció las precisiones que pude ofrecerle. Y quiso ser enterrado en el convento de Santa María de la Victoria, en Sevilla, donde tenía ya de antiguo una tumba en propiedad, o en cualquier iglesia cercana si su muerte se producía en país lejano. Dejó dineros a conventos y capillas, a hospitales e iglesias para que rezaran por el eterno descanso de su alma, y quiso que tres pobres recibieran ropa y calzado a su nombre, y otros doce alimento. Cuanto más preparaba el mundo después de su muerte, más me inquietaba yo, porque su final preludiaba el mío, solo que yo ni siquiera tenía una familia a quien dejar títulos ni herencias, ni propiedades reales o imaginarias que recordaran el lustre de mis apellidos.

Vaciló entonces don Fernando, porque quizá tampoco él estaba preparado, pese a su fe, para confrontar la despedida de todo lo que es nuestro. Y su mirada se cruzó con la del muchacho de piel oscura, que me había visto escribir con cierto tono de melancólica envidia, como si hubiera querido saber leer y escribir y ese conocimiento le hubiera puesto a salvo de lo que era.

— Desde el día de mi muerte — continuó con voz firme, como si atisbara desde aquí el futuro —, mi cautivo y esclavo Enrique,

## -VICTORIA- La odisea de Magallanes y Elcano

nacido en la ciudad de Malaca, de unos veintiséis años de edad, debe quedar libre de todo oficio de esclavitud para que pueda proceder según su libre albedrío. De mi herencia, deseo que diez mil maravedíes le sean destinados para su mantenimiento. Pues se hizo cristiano y así podrá rezarle a Dios por la salvación de mi alma.

Enrique inclinó la cabeza para ocultar la felicidad de su sonrisa: él, mejor que yo, sabía a qué peligros nos enfrentábamos y a qué distancia podría estar el cumplimiento de aquel voto de libertad que, delante de mí como testigo, y con los papeles como seguridad eterna, acababa de pronunciar su amo.

Tendí después la pluma a don Fernando, y él garabateó las letras de su nombre, como quien firma al mismo tiempo su epitafio, y durante un instante no sé si repasó lo allí escrito o lo que allí quedaba implícito, los azares de su futuro, la promesa del de Enrique, la imprecisión del mío.

## LEVANDO ANCLAS

No fui testigo, y aún lo lamento, del primer encuentro entre Magallanes y Juan de Cartagena, pero si es cierto que hay amistades que se cimientan tras la primera sonrisa, también hay enemistades que se fraguan al rojo vivo en el primer cruce de palabras. El rey de Castilla, aconsejado por quienes habían ayudado a financiar y proveer la flota, y preocupado tal vez por no ser capaz de pagar a tiempo los préstamos que le hacía el banquero Jakob Fugger a través de su enviado Gottfried von Kalmbach, con quien el recién nombrado emperador había trabado amistades, mostró a última hora recelos hacia el capitán general y su origen portugués, por lo que entregó al señor de Cartagena el mando de la nao *San Antonio*, como sustituto de Ruy Faleiro, a quien ya el mundo tildaba a las claras de ido y loco. Aunque Magallanes comprendió que, sumado Cartagena a los otros tres capitanes de las naos que compondrían la escuadra, estaría rodeado de mandos españoles que le discutirían su autoridad, pues esa era la explicación de la maniobra, obró desde aquel mismo momento como si el cargo de veedor o supervisor real con que el de Cartagena tan pomposamente se anunciaba no fuera más que uno de tantos títulos huecos de los que se sirven las coronas para tener contentos a los fatuos.

Don Juan de Cartagena estaba hecho a la corte, Magallanes a los mares. El primero era sibilino, astuto, de una inteligencia que le permitía, como a los niños traviesos, tirar la piedra y esconder la mano; se servía de cuatro criados y, a través de ellos, conseguía adulando, amenazando, comprando o seduciendo la obediencia de todo aquel con quien Magallanes hubiera cruzado un reproche. Y Magallanes, que era directo, cerrado en sí mismo como una tortuga en su caparazón, hombre de océanos aunque hubiera sido antes, y se le notaba aún y siempre, soldado y bravío,

## -VICTORIA- La odisea de Magallanes y Elcano

había cruzado reproches con muchos: con Luis de Mendoza, por ejemplo, quien se había negado a obedecerlo en una ocasión ya en Sevilla y que ahora era capitán de la *Victoria* y antes tuvo el cargo de tesorero de la empresa. Puede que Julio César admitiera las bromas de sus legionarios y les cantara canciones procaces y se vistiera de mujeruca para ellos, pero es dudoso que Aníbal arrullara a sus hombres mientras azuzaba a sus elefantes por los pasos montañosos que son la barrera que protege a la península itálica.

Pero Magallanes había luchado mucho y duro por poner en marcha su proyecto, y a nadie había confiado la derrota ni la fecha en que partiría por fin la expedición. Comprendimos pronto que, si en los capitanes españoles pudiera tener ángeles de la guardia no deseados, y si la catadura de muchos de los maestros y marineros indicaba que bastantes de ellos eran prófugos de la justicia (como prófugo era, aunque después lo negase, el maestro Elcano), Magallanes había sabido arreglárselas para compensar el desequilibrio que suponía ser el único capitán que no era castellano, y colocó a sus compatriotas y parientes como pilotos, maestros o cartógrafos de los otros barcos. No lo hacía por sentimiento alguno de lealtad a su antigua patria, ni albergaba, estoy seguro pues mucho lo traté, ningún sentimiento de doble juego o de traición, como recelaban los españoles. Pero él mismo había dicho que eran los portugueses los mejores marinos que jamás surcaron los océanos, como bien atestiguaba su imperio plantado al otro lado del mundo, y no pedía para unirlos a su flota ninguna partida de bautismo, sino experiencia en la mar para cuando todo alrededor se hiciera desierto.

Los barcos de la escuadra, se ha dicho, eran cinco: cuatro naos y una carabela de menor calado, la veloz *Santiago*, que capitaneaba el valiente Juan Serrano. Todas las naos negras como espíritus condenados al infierno, producto de la brea que calafateaba sus juntas y oscurecía sus entrañas. Siendo la *San Antonio* la más grande, eligió Magallanes que la capitana fuese la *Trinidad*, donde Estêvao Gomes prestaba su experiencia de piloto, frustrado su sueño de dirigir él mismo una escuadra para idéntico fin, y donde viajaba yo, como sobresaliente, igual

que sobresalientes eran Duarte Barbosa, Álvaro de Mesquita y Cristóvão Rebêlo, el hijo natural de don Fernando. El esclavo Enrique venía también con nosotros, dispuesto a regresar a las tierras de las que partió cuando apenas era un rapaz, aunque por el camino contrario, y como vencido. Mencionada queda la *Victoria* y su capitán, una destinada a la gloria y el otro al martirio. En la *Concepción*, bajo el mando de don Gaspar de Quesada y con João Lopes como piloto, tenía el cargo de maestre aquel vizcaíno de experiencia en la guerra y la marina, Juan Sebastián Elcano, casi de incognito aquí, relegada su valía porque venía prófugo, y a quien los azares del destino darían papel destacado en el último acto de la historia que íbamos a representar, cuando cayera por fin el telón, dentro de tres años.

Magallanes jugaba con los nervios de tripulación, habitantes de Sanlúcar y capitanes. Esperando su momento, noticias que nunca comunicó a nadie. De vez en cuando, arribaba a puerto alguna goleta que se había asomado a la mar, sin duda para comprobar que no había barcos de Portugal esperando para hundirnos. De vez en cuando, los vientos cambiaban a lluvia y servían de excusa para retrasar un día más la salida del puerto. De vez en cuando, la calma chicha de la tardanza en izar las velas se convertía en desesperación, en hartazgo y recelo.

Por fin, convocó Magallanes a sus cinco subalternos, a quienes trató siempre como si él fuera el general de un ejército y ellos meros cabos de tropa, para recordarles una vez más cuáles eran las ordenanzas que todos tendrían que hacer cumplir a bordo de sus naos: la prohibición absoluta de cualquier tipo de insubordinación, la bronca y la borrachera, el juego de cartas y, por encima de todo, el terrible pecado de la sodomía. Si alguna vez entablábamos contacto con indios o habitantes salvajes de islas y naciones desconocidas no podíamos, bajo ningún concepto, intimar con las mujeres, pues nuestra era una misión de descubrimiento y evangelización, el motivo de que nos acompañaran tantos sacerdotes a bordo. No sé si Magallanes era consciente, pese a su experiencia marinera o quizá precisamente por ella, de que forzaba a un imposible. Los hombres siempre serán hombres, aquí o en cualquier otro nuevo mundo.

## -VICTORIA- La odisea de Magallanes y Elcano

No se detuvo en esto, a fin de cuentas la comunicación expresa de lo que comendaba el rey don Carlos, jinete antes que marino, joven sin curtir a salvo de la realidad del mundo y sus pecados, sino que con voz inflexible y autoridad jupiterina mandó expulsar de las naos a toda barragana que hubiese intentado instalarse a bordo, como era costumbre en los convoyes que iniciaban la ruta de Indias, para allí establecerse y hacer negocios. Siguen las putas a los hombres tanto en los océanos como en las tierras, rastro de caracol detrás de los ejércitos. El escándalo de gritos y arañazos, maldiciones en tres o cuatro idiomas (y no solo por parte de las busconas) estuvo a punto de cubrir de oprobio la nobleza de la misión que con tanto celo Magallanes guardaba: de puro milagro no corrió la sangre. No contento con esto, el capitán general recurrió a las autoridades para impedir que al puerto de Bonanza se acercara mujer alguna hasta que la flota hubiera zarpado.

Y zarpamos al fin, después de confesarnos y comulgar todos, para alivio de autoridades y tristeza de mesoneros, entre estruendo de salvas y aleteo de velámenes, las cruces de Santiago resplandeciendo en rojo sobre el trapo blanco. El último trecho del río Betis, que encandiló a griegos, romanos y moros. La mar abierta llamándonos. 20 de septiembre del año de Nuestro Señor de 1519, sábado. Solo don Fernando de Magallanes sabía con certeza el rumbo y el destino. Los demás éramos viajeros ciegos en manos de la divina providencia.

Un hombre, entonces, saltó al agua y nadó con todas sus fuerzas hacia la última orilla que avistamos. El cálculo de los dos años de misión dio impulso a su miedo. Hubo quien se burló de él. Hubo quien quizá estuvo a punto de imitarlo. Fijamos rumbo hacia Canarias, y el golfo de Cádiz se nos fue quedando atrás. Las cinco naos brincaban como caballos jóvenes sobre las olas, sin descanso, enardecidas, arriba y abajo, arriba de nuevo, en todo momento. Por primera vez en mi vida, y para un tiempo que habría de antojárseme eterno, mi casa estaría en la mar. Mi suelo sería este continuo movimiento inestable.



Vomitó al poco rato, por estribor, cuidando de hacerlo a sotavento. No sería la última vez en el largo viaje. Ni fui yo el único.

— A esto lo llaman el mar de las Yeguas, poeta — rió Enrique el negro, a mi vera, agarrado a los cordajes y tan seguro de sí mismo como si fuera un tritón que regresaba a su imperio—. Le dicen de esa manera porque es aquí donde los caballos se encabritan y enferman y dan coces y se espantan y devuelven hasta la primera brizna de hierba que hayan comido en su vida. No te preocupes — profetizó—. Hasta que no vomites bilis negra, no correrás peligro. Y allá por proa está vomitando también don Pedro de Valderrama, el sacerdote. Si os sucede algo a ambos, iréis juntos al cielo.